
ARTÍCULO CRÍTICO

PUBLICADO POR LA REVISTA ROMANA, TITULADA

LA CIVILTÀ CATTÓLICA,

EN SU NÚMERO CORRESPONDIENTE AL 16 DE ABRIL DE 1853.

El nombre del MARQUÉS DE VALDEGAMAS es muy conocido por los católicos, y debe ser estimado por nuestros lectores, que ya antes de ahora han tenido ocasion de admirar su elevado ingenio y sus nobles doctrinas. Hoy tenemos suma complacencia en volver á hablar de este escritor con motivo de la preciosa obra suya que anunciamos, (EL ENSAYO SOBRE EL CATHOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO) escrita primitivamente en español, traducida luego al frances, y recientemente publicada en italiano. La reseña que de aquella obra nos proponemos hacer, viene tanto mas apropósito, cuanto que recientemente acaba en Francia de dar ocasion á graves críticas, publicadas en un ilustrado periódico católico por el presbítero P. Gaduel, Vicario general del señor Obispo de Orleans.

Para decir en pocas palabras lo que es aquel libro, y de qué manera corresponden á su título las materias en él tratadas, bastará citar la frase del Sr. Proudhon, que le sirve como de introito: *Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.*—Dios es la única explicacion cumplida de lo natural y de lo sobrenatural: la teología solo da perfecto complemento á todas las

ciencias: la religion católica solo puede dar solucion adecuada á los problemas que incesantemente surgen de la política; la Iglesia sola puede salvar á la sociedad agonizante de las garras de la anarquía: en vano los liberales y socialistas se devanarán los sesos inventando instituciones y teorías para ocurrir á todas las necesidades de la humanidad: si el liberalismo y el socialismo triunfan, la sociedad está muerta, y extinguida toda esperanza de una regeneracion dichosa. Tales son los asuntos de aquel libro, los cuales todos constituyen un tema tan vasto cuanto admirablemente apropiado á las necesidades de los presentes tiempos. El valeroso escritor, sin arredrarse ante las dificultades de su propósito, lo contempla desde lo alto, mide su anchura, lo recorre con pié firme y seguro, derramando en torno de sí torrentes de luz que hacen accesibles, aun á los mas vulgares entendimientos, las cuestiones mas recónditas y abtrusas.

La obra está dividida en tres libros: en el primero, despues de haber demostrado «cómo en toda gran cuestion política va siempre envuelta una gran cuestion teológica» describe con grandes pinceladas y fuerte colorido la restauracion consumada en el mundo, en el Estado y en la familia por obra de la teología católica; y con este motivo, investigando el principio intrínseco de la fecundidad que tantos bienes ha producido en la sociedad católica, lo encuentra consignado en la ley de gracia y de amor: gracia suavísima y omnipotentente, que misteriosamente atrae los humanos corazones, ligándolos con Dios y entre sí mismos; gracia sobrenatural y secretísima, única que puede explicar de lleno el triunfo de la virtud sobre el vicio, de la verdad sobre el error, de la doctrina de Jesucristo sobre el mundo corrompido y perverso.

En el segundo libro entra el escritor de frente á tratar la vastísima y árdua cuestion del cómo y el porqué hallamos el mal en todos los órdenes del universo; y para dilucidarla expone, en primer lugar, la teoria de la verdadera libertad, considerada como perfeccion, ó sea como medio de alcanzarla; recorre despues las fases que esta libertad tuvo en el cielo y en la tierra; narra el abuso que de ella hicieron los ángeles y el hombre, y las inmediatas consecuencias que le acompañaron; combate el moderno maniqueismo del socialista Proudhon, y demuestra cómo, segun la doctrina católica, se concilian con armonía perfecta la Providencia de Dios y la libertad del hombre. Partiendo de aquí para recorrer el campo de la naturaleza y de la historia, describe las secretas analogías que existen entre las perturbaciones físicas y las morales, derivadas todas de la culpa; y emprendiendo con este motivo una estensa y razonada narración del acto maravilloso que comenzó en el cielo y acabó en el Paraiso terrenal, enseña cómo Dios sacó del mal el bien, el orden del desorden, de la prevaricacion la gloria; y con razon entonces exclama: «Cuanto mas se

»ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto mas resplandece la soberana
»conveniencia, y la perfectísima conexión, y la maravillosa concordancia
»de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira,
»no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.»

En pos de la solución católica, examina las soluciones propuestas por las escuelas liberal y socialista. Los liberales hacen consistir el mal de la sociedad en el gobierno monárquico bajo el influjo de la idea católica, ó en la anarquía, fruto del socialismo: en esto solo y en las tentativas de los que alguno de aquellos fines se proponen, ven únicamente el desorden los liberales; de donde resulta, para ellos, que la sociedad será feliz y bienaventurada, desapareciendo de la tierra el mal, cuando el gobierno de los pueblos pase á manos de los filósofos y de la clase media. Los socialistas, en cambio, sostienen que el hombre es por su naturaleza sano y perfecto, y que el mal le viene de Dios, de las leyes y del gobierno; y por consiguiente, que la edad de oro anunciada por los poetas y esperada por las naciones comenzará en el mundo cuando se destruyan la creencia en Dios, el imperio de la razon sobre los sentidos, y el dominio de los gobernantes sobre el pueblo, es decir, cuando las embrutecidas muchedumbres sean para sí mismas su propio Dios, su propia regla y su propio rey. Estas monstruosas aberraciones se hallan expuestas y combatidas en el resto del ENSAYO con una lógica severa y contundente, y con tanta luz de raciocinio, tal grandeza y novedad de conceptos, que su lectura convence, persuade, conmueve y deleita, á un tiempo mismo. Si tristes deben ser para toda alma recta las infernales blasfemias que los socialistas, y especialmente el ciudadano Proudhon su primado, lanzan contra Dios, llamándole con inaudito cinismo *tontería y miedo, hipocresía y mentira, tiranía y miseria*, aspirando como á reducirlo á cenizas con sus rayos; suaves como rocío en el desierto, y risueñas como el sol despues de la tempestad son las hermosas palabras que la fuerza de la verdad arranca de aquel alma rebelde, y que con grande oportunidad pone el Sr. Donoso despues de las mencionadas blasfemias, como para serenar el ánimo de sus lectores. — «¡ Ah, cuánto mas prudente se ha
»mostrado el Catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos, san-
»simonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el conoci-
»miento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nuestra vida
»no es sino una peregrinacion, y que toda perfeccion cumplida nos es
»negada en este mundo; y porque sabe esto, se contenta con preludiar
»en la tierra una educacion que solo puede acabarse en el cielo. Por su
»parte, el hombre que ha ido creciendo bajo los auspicios de la Religion,
»satisfecho con saber hacer y obtener lo que basta para la vida del tiem-
»po, no será nunca un obstáculo para las potestades de la tierra: antes

»preferiría él el martirio. ¡Oh Religion amada! ¡Por cuál extravío inconcebible de razon sucede que los que mas te necesitan, esos son cabalmente los que mas te desconocen?» — ¡Oh verdad, diremos nosotros, oh grande y excelsa reina de las inteligencias! ¡Cómo es posible que un hombre pueda verte tan radiante y bella, que te admire de este modo, y que despues te venda!

Demostrada la conveniencia de la doctrina católica en lo relativo á explicar el origen del mal, se propone el Sr. Donoso en el libro tercero de su obra otro problema, á saber: porqué se perpetúa en el mundo el mal originado de una culpa primitiva, y cómo es que del primer padre se trasmite á sus últimos descendientes. Con este motivo el autor examina, siguiendo las enseñanzas de la revelacion, el grande y misterioso dogma de la solidaridad, y de la trasmision de la culpa y de la pena, demostrando su racionalidad, sus necesarias relaciones con hechos mas conspícuos, y su consonancia con las leyes universales de la naturaleza: hablando, en consecuencia, del dolor, é investigando su naturaleza íntima, hace ver cómo Dios, desnaturalizándolo en cierto modo, lo transforma de mal en bien, y de castigo que era, lo convierte en remedio de virtud incomparable. De esta manera se esplica y armoniza, para un cristiano, la perpetuidad de la culpa y de la pena.

La escuela liberal, en cambio, niega la solidaridad humana en el órden religioso, como la niega en el político: en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision de la culpa y de la pena; en el órden político, proclamando la no intervencion, destruyendo la nobleza, y defendiendo el derecho igual de todos á las altas dignidades del Estado. Pero mientras esta escuela niega la solidaridad por un lado, se vé por otro obligada á confesarla en el hecho de reconocer la identidad de las naciones, el derecho hereditario en la monarquía, y la trasmision de las riquezas con la sangre; como si el poder de los ricos fuera mas sagrado y legitimo que el de los nobles.

Las mismas contradicciones echa el autor en cara justamente á la escuela socialista: esta arguye contra los liberales, que una vez negada la solidaridad en la familia, en la política y en la religion, no debe ser afirmada en la nacion ó en la monarquía. Pero hé aquí que á su vez esta misma escuela socialista, despues de haber negado todas estas solidaridades, viene á proclamar la solidaridad humana. El célebre dogma de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, ó no significa nada, ó significa que todos los hombres son solidarios entre sí. Ahora bien, ¿cómo puede ser que los vinculos del nacimiento, del Estado, de la religion no liguén á los hombres entre sí, y que en cambio la humanidad entera sea una sociedad de *hermanos igualmente partícipes* de una *libertad* comun?

El socialismo además es contradictorio, porque contradictorias son entre sí las doctrinas proclamadas por sus varias escuelas; y el Sr. Donoso lo demuestra delineando los varios círculos que en breve tiempo ha recorrido el Socialismo. Por donde quiera que se la mire, esta teoría es la mayor de las contradicciones, pues que por todas partes va á parar á un absoluto nihilismo. Negacion absoluta del hombre, de la familia, de la sociedad, de la humanidad, de Dios: tales son las fases en que se mueve la hipótesis socialista, y en las que el ilustre escritor la persigue con irresistible lógica en todo el discurso del capítulo quinto del libro tercero.

En el resto de la obra viene oponiendo á la solidaridad de la culpa y de la caída la solidaridad de la reparacion y del mérito. Investigando con este motivo las tradiciones de los pueblos, é ilustrándolas con la luz de las enseñanzas católicas, demuestra la virtud expiatoria del sacrificio, inexplicable de todo punto por los principios socialistas y liberales. La Redencion, centro de todos los misterios y fuente de todas las soluciones, se presenta aquí con toda su majestad á los ojos del piadoso escritor, el cual pone de manifiesto su conveniencia respecto á Dios, al hombre y al órden universal; demuestra cómo en el sacrificio del Hombre-Dios se lava la culpa, queda vencido el mundo, y todas las cosas restauradas, cumpliendo de esta manera la demostracion de su tema, á saber: que los problemas fundamentales del hombre y de la sociedad no pueden ser verdaderamente explicados sino por la revelacion y por la Iglesia.

Basta este sucinto análisis para creernos dispensados de insistir en las alabanzas del Sr. MARQUÉS DE VALDEGAMAS y de su libro, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la gran elocuencia del estilo, lo ordenado de sus varias materias, la lucidez y sublimidad de los pensamientos; ó el vigor de la argumentacion, la vivacidad de la polémica, la profundidad de la doctrina, la pureza de la fé, la nobleza, en fin, de afectos siempre elevados, generosos, exquisitamente católicos, prenda especial de aquella nacion española, de la cual es el Sr. Donoso tan espléndido ornamento.

A pesar de todas estas excelencias, la obra del ilustre publicista ha sido blanco de graves censuras, que le han impulsado á hacer la franca profesion de fé publicada últimamente por el *Univers* en forma de carta. No puede fácilmente reducirse á los estrechos limites de una revista el exámen detenido y minucioso de aquellas censuras, ni tampoco nosotros pretendemos erigirnos en jueces de este litigio, donde si bien aparece quizás de una parte cierta falta de exactitud y propiedad en el lenguaje técnico, no ha escaseado en cambio, de otra parte, la acerbidad de las formas y las exageraciones á que conduce la extremada concitacion de los ánimos. Para dar aquí una idea bastante clara de los errores imputados al filósofo español, y decir lo conveniente á los lectores de su libro á fin de

que puedan recorrerlo *inoffenso pede*, nos ceñiremos á los seis puntos capitales señalados por el crítico Sr. Gaduel, é indicaremos los motivos que el Sr. Donoso ha tenido para estampar proposiciones al parecer inexactas y extremadas en su significacion mas obvia.

1.º Las primeras censuras se refieren al concepto de Dios, cuya suprema libertad aparece como disminuida por el Sr. Donoso, á fuerza de exaltar la divina sabiduría y el divino poder. 2.º Viene en seguida el misterio de la Santísima Trinidad, para cuya exposicion usa el autor de un lenguaje figurado y de tal cual comparacion sacada de los Santos Padres, pero no dotada de aquella rigorosa exactitud que se exige en una disputa escolástica. 3.º La nocion de la libertad, por la cual el autor entiende frecuentemente la libertad perfecta, tal como existe en Dios y en los santos, que es la que salva al hombre de la servidumbre del pecado. 4.º La doctrina del pecado original, con la que el autor, queriendo mostrar los secretísimos fines del Criador en la permission de la culpa, da lugar á creer que sin ella no habria el mundo manifestado con esplendor suficiente las infinitas perfecciones de Dios. 5.º Los efectos de esta misma culpa, ó sea del pecado, sobre la voluntad y sobre el entendimiento, efectos al parecer extremados por el autor con decir hiperbólicamente que toda accion humana va acompañada del remordimiento, y toda nocion va oscurecida por la incertidumbre. 6.º Los motivos de credibilidad en nuestra fé, cuya eficacia parece atenuada por el autor, en el hecho de presentarlos hasta como obstáculos para la propagacion del Evangelio; todo con el fin de magnificar el poder de aquella gracia interior que sabe vencer todas las dificultades de la razon enferma y de los sentidos.

Dos consideraciones solas creemos que basten para que debidamente se comprenda cómo un católico tan sincero y tan ilustrado pueda haber escrito proposiciones al parecer tan aventuradas, y cómo por el hecho solo de emplear un lenguaje fuera del orden comun, puede haber hecho creer á alguien que no solo con la palabra sino tambien con el entendimiento se aleja de las doctrinas comunmente recibidas.

En primer lugar, el MARQUÉS DE VALDEGAMAS, dotado de elevada inteligencia, de vasta comprension, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero, y enemigo de aquella perplegidad é incertidumbre, que si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reaccion consiguiente, la necesidad de estimularse á sí propio, vigorizando su innata propension á la certeza, á la afirmacion, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que

llaman libertad á la licencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error; y en vez de atenerse á las distinciones, necesarias en una discusion propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario, y estrecharle hasta derribarlo, al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatía, ó negaban á Dios; ó, si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la ereacion, pues que todo lo explicaban por la sola intervencion de la naturaleza y del hombre: Donoso, en consecuencia, afirmó, que solamente en Dios y en la Sabiduría reguladora de los seres y de los sucesos, estaba la explicacion del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo á quien se dirigia, desecha la creencia en los impenetrables misterios de nuestra fé: y en consecuencia, Donoso quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano mas augusto de la revelacion, al Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original, y el enlaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, Donoso se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencia del hombre, les dijo:—«no sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside mas que en los santos»—es decir, en los que auxiliados por la gracia, se sustraen á la posibilidad de pecar. Por último, para los espíritus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y las profecias, pareciéndoles piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para estos dijo Donoso, generalizando su frase: «que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina ni por las profecias ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»—Y he aquí como la vivacidad de la lucha pudo empeñarlo en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

Pero tambien puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reaccion, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es extraño que hayan creído imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad: pues que ello al cabo las almas, obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precision de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El conde José de Maistre, que, bajo muchos respetos, puede compararse al MARQUÉS DE VALDEGAMAS, fué tambien tachado,

no sin fundamento, de algun extravío en aquel punto: y sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposición aventurada y un tanto paradójica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al genio volteriano y liberalesco, siendo, en resumen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seculares, tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos: ¿pero á cuantos es dado hacerlo así, donde la discusión requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y espedita? A estas razones, que en primer lugar explican las exageraciones de estilo del Sr. Donoso, puede agregarse otra no menos exacta, que explica la impropiedad de algunas de las fórmulas que emplea. Todo el mundo sabe que los antiguos Padres, bien que perfectamente concordés en puntos á fé siempre que discurrían acerca de las verdades divinas y humanas, no siempre usaron de un mismo lenguaje para espresar las mismas verdades, y que unas mismas palabras tenían en un escritor un sentido, y otro en otro: razón de esta variedad podía ser, ora la diferencia de los tiempos y de los pueblos en que vivieron, ora la diversidad de escuelas filosóficas que ellos ó sus adversarios frecuentaban, ora, en fin, que á medida que el dogma se iba explicando, era necesario emplear nuevas locuciones que cada cual inventaba para acomodarlas á las necesidades y á las circunstancias. Poco á poco los Concilios con sus definiciones fueron uniformando el lenguaje científico de la Iglesia, y en seguida los doctores y maestros lo redujeron á una exactitud casi geométrica. Desde este punto ya fué cosa tácitamente convenida entre los católicos el que ninguno usase las voces científicas en un sentido distinto del aceptado universalmente por las escuelas, y que si alguno contraviniese á esta regla, no lo hiciese nunca sin razón muy poderosa, ni sin advertirlo debidamente á los lectores: determinación por cierto altamente juiciosa y oportuna para impedir, ó cuando menos, disminuir en gran manera las cuestiones de palabras donde hay pleno acuerdo en las ideas. Por esta misma razón piensan los sabios que para leer con provecho á los Santos Padres, conviene estudiar previamente á los doctores que han enseñado en las escuelas. «La Suma de Santo Tomas, escribe el doctísimo Gerdil, es una obra maestra de método, de orden y de raciocinio, y el abate Duguet opina que se la debe leer antes de comenzar la lectura de los Santos Padres: en ella se tratan las materias más árdias con toda la claridad de que son capaces, y con las espresiones más adecuadas para determinar bien fijamente la doctrina, é impedir que los entendimientos traspasen el justo límite. Si algunos de los doctores que florecieron siglos después, se hubieran atendido al lenguaje consagrado por el uso comun

de las escuelas, no habrían ciertamente sobrevenido muchas disputas intempestivas que causaron no poco daño á la religión»—(GERDIL, OPERE; Roma 1806. Tomo I, pag. 252.) Pues bien, en nuestro concepto, la falta de estos estudios escolásticos, á los cuales en verdad muy difícilmente puede sujetarse un seglar, diplomático y publicista, ha sido la causa de aquellas locuciones impropias que se encuentran en el ENSAYO, y de las cuales, por otra parte, rara vez se eximen aun los escritos de muchos que han frecuentado las escuelas. El MARQUES DE VALDEGAMAS, por lo que de sus escritos y de una carta suya aparece, aunque no ha cursado estos estudios escolásticos extraños á su estado y condición, se ha nutrido con la lectura de los Santos Padres, y convirtiéndosele este pasto en jugo y sangre propia, ha hecho que en sus escritos se trasfundan aquellas locuciones, aquellos tropos y aquellos símiles usados por los Santos Padres en aquellos tiempos que el lenguaje teológico no había alcanzado aun la unidad y fijeza que después llegó á tener. De cualquier manera, no creemos escedernos asegurando que de todas ó casi todas las espresiones censuradas por el crítico del Sr. Donoso, se pueden encontrar ó idénticas ó equivalentes en los escritos de los más célebres entre los antiguos doctores: deben sin embargo exceptuarse de la generalidad de este juicio las poquísimas relativas al sexto tema de las censuras mencionadas.

Para probar nuestros asertos, citaremos aquí por vía de ejemplo aquel pasaje que el Sr. Gaduel, no llegando hasta declararlo *herético*, califica de absolutamente *falso* y con tendencias al *luteranismo*, al *calvinismo*, al *bayanismo*, y al *jansenismo*. Trata en este pasaje el Sr. Donoso de la libertad, y examinando su esencia íntima, la define de este modo:

«Viniendo á la tremenda cuestión que es asunto de este capítulo, y que procuraré encerrar en los límites más estrechos, diré que la noción que se tiene generalmente del libre albedrío, es de todo punto falsa. El libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habrían de seguirse de él forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hombre, y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa al hombre consiste en que sería menos libre cuanto fuera más perfecto, como quiera que no puede crecer en perfección sin sujetarse al imperio de lo que le solicita al bien...»—En segundo lugar, se seguiría que: «Para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado.»—

Por estas palabras se ve cómo el autor impugna aquella preocupación vulgar que pone la libertad en la posibilidad de pecar ó de obrar rectamente: y en esto en verdad nada asevera de extraño, pues lejos de eso no

hace sino reproducir lo mismo que ya San Agustín había dicho contra Juliano : *Sed ut de hac re vana sapias, fallit te definitio tua, qua in superiori prosecutione, cui jam respondimus, sicut sæpe et alibi facis, liberum arbitrium definisti. Dixisti enim : LIBERUM ARBITRIUM NON EST ALIUD QUAM POSSIBILITAS PECCANDI ET NON PECCANDI. Quá definitione primùm ipsi Deo liberum arbitrium abstulisti..... Deinde ipsi sancti in regno ejus liberum arbitrium perdituri sunt, ubi peccare non poterunt.* (S. AUGUSTINI, Op. imp. Lib. VI, núm. 10.) Lo mismo observaba el beato Anselmo en su diálogo acerca del libre albedrío. Respondiendo allí el maestro á la pregunta de su discípulo, dice : *Libertatem arbitrii non puto esse potentiam peccandi et non peccandi. ¿Por qué razón dice esto el maestro? Por las mismas que dá el Sr. DONOSO CORTÉS : Si hoc ejus esset definitio, nec Deus nec angelus, qui peccare nequeunt, liberum haberent arbitrium, quod nefas est dicere... Liberior voluntas est quæ á rectitudine non peccandi declinare nequit quam quæ illam potest desererere.* (S. ANSELMI, diálogo. de lib. arb. Capítulo I.)

Elevándose luego el Sr. DONOSO al concepto universal y primario de la libertad, dice que esta no consiste en la facultad de escoger (es decir, entre el bien y el mal, como anteriormente ha enunciado, y lo repite mas abajo) sino en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender: de lo cual infiere que : «Si la libertad consiste en la facultad de entender y de querer, la libertad perfecta consistirá en entender y querer perfectamente; y como solo Dios entiende y quiere con toda perfeccion, se sigue de aquí, por una ilacion forzosa, que solo Dios es perfectamente libre.» — Y termina por esta conclusion: «La facultad de escoger otorgada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la libertad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el error, de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del tirano. Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo, si esto fuera posible, con el perpétuo desuso... Por eso ningun dios la tiene; ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles.»

Ahora bien, en todo este discurso, entendido como se debe, y no mirado con malos ojos, nada vemos sino una doctrina completamente ortodoxa pura. Que el libre albedrío no es una facultad distinta de la voluntad, lo afirma S. Juan Damasceno. (*De fide orth.* l. III, cap. XIV.) *Liberum arbitrium nihil aliud est quàm voluntas:* y lo mismo concede Santo Tomás. Que la posibilidad de pecar es una imperfeccion que el hombre debe atenuar en sí mismo, absteniéndose de los actos que de ella proceden, es tambien cosa tan evidente como la impecabilidad de Dios y de los santos.

Pero si estas opiniones, preguntará el Sr. Gaduel, van de acuerdo con

el comun pensar de los doctores ¿porqué el Sr. Donoso se viene con la pretension de que combate un error vulgar? Muy sencillamente : porque el Sr. DONOSO en todo este libro no se propone combatir á las escuelas católicas, sino á los liberales y socialistas, ninguno de los cuales seguramente sospechará que en estas materias tiene ideas singularmente equivocadas. ¿Qué mas? Pocas lineas antes de entrar en materia, lo primero que protesta el Sr. DONOSO es que sigue á los maestros católicos tan ignorados ó tan olvidados por sus adversarios: «Cuestiones, dice, son estas que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes doctores, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen fuerza para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fácilmente y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas, verdad, que el Sr. DONOSO pone todavia mas de manifiesto al combatir, en pos de este error, aquel otro consistente en la manera con que algunos confunden la nocion de la libertad con la de una independencia absoluta : confusion que por cierto no existe en el campo de las escuelas ortodoxas, siendo por consiguiente necesario si se ha de obrar de buena fé, examinar la clase de adversarios contra quienes argumenta el Sr. DONOSO. Añádase á esto que no andaria seguramente muy errado el que afirmase que son muy raros los católicos no eruditos en escolástica, que no consideren tambien como esencial de la libertad la facultad de escoger entre el bien y el mal, confundiendo de este modo un hecho universal del hombre durante la vida terrena con los requisitos esenciales de una perfeccion que conviene á todos los seres inteligentes.

Pero añade el docto crítico del Sr. DONOSO : Si la libertad no es una potencia distinta de la voluntad, la libertad se concilia fácilmente entonces con la gracia necesitante de Lutero, Calvino, Bayo y Jansenio. Para esta objecion hay varias soluciones; pero la mas sencilla y categórica es la que dá el mismo Sr. DONOSO *verbis amplissimis*, y que debia no haberse ocultado á las perspicaces miradas del Sr. Gaduel. Oigase lo que el Sr. DONOSO dice : «Otros no alcanzan á comprender de qué manera la gracia por la cual fuimos puestos en libertad y rescatados, se aviene con esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion misteriosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo punto errados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el hombre, obrando el primero y cooperando el segundo. Y aun por esta razon no suele dar Dios, por punto general, sino la gracia que es suficiente para mover la voluntad con blandura. Temeroso de oprimirla, se contenta con llamarla hácia sí con suavísimos reclamos. El hombre, por su parte, cuando acude al reclamo de la gracia, acude con incomparable suavidad y complacencia; y cuando la voluntad suavísima del hombre,